



ordinarios, sino tambien grandes personajes, como D. Pedro Fernandez, maestre de Santiago, y el que le sucedió luégo en aquella dignidad, por nombre Ruy Gonzalez Mexía, el almirante Fernan Sanchez de Tovar, Pero Fernandez de Velasco, y los dos mariscalos Pero Sarmiento y Fernan Alvarez de Toledo. Item Juan Martinez de Roxas: dias hobo que fallecieron doscientos más y ménos, con que el número de soldados menguaba y el ánimo mucho más. Por esto los más principales blandaban y aborrecian aquella guerra por ser entre parientes y contra cristianos. Quisieran que de cualquiera manera se tomara asiento y se concertaran las partes: finalmente, los trabajos eran tan grandes y la cuita por esta causa tal, que fué forzoso levantar el cerco, con mengua y pérdida muy grande, y volver atrás.

Nombró el rey por mariscal á Diego Sarmiento luégo que falleció su hermano; encargóle la guarda de Santaren con buen número de soldados; otros capitanes repartió por otras partes, ca pensaba rehacerse de fuerzas y muy en breve volver á la guerra. Hecho esto, la armada por mar y los demas por tierra, en compañía del rey, se encaminaron para Sevilla. Pudieran recibir daño notable á la partida (que las piedras se levantan contra el que huye) si los portugueses salieran en su seguimiento, que pocos bien gobernados pudieran maltratar y deshacer los que iban tan trabajados; mas ellos se hallaban no ménos gastados y afligidos que los contrarios, y tenían por merced de Dios verse libres de aquel peligro y de aquel cerco, y áun, como dicen, al enemigo que huye, puente de plata. Hicieron procesiones, así en Lisboa como en lo restante del reino, con toda solemnidad en accion de gracias por merced tan señalada.

Por este mismo tiempo, el rey de Aragon no hacia buen rostro á sus dos hijos de la primera mujer, los infantes D. Juan y D. Martin. Decíase comunmente que la reina, como madrastra, con sus malas mañas era causa deste daño. Verdad es que el infante D. Juan habia dado causa bastante de aquel desgusto por casarse, como se casó, contra la voluntad de su padre, arrebatadamente y de secreto con madama Vio-

lante, hija de Juan, duque de Berri, sin hacer caso de la reina de Sicilia, cuyo casamiento para todos estaba muy más á cuento. Quebró el enojo en D. Juan, conde de Ampurias, yerno y primo de aquel rey. Su culpa fué que los recogió en su estado para que allí se casasen, por lo cual, luégo que el hijo se redujo y se puso en las manos de su padre y él le perdonó aquella liviandad, revolvió contra el conde y le quitó la mayor parte del estado, que le tenía asaz grande en lo postrero de España. No le pudo haber á las manos, que se huyó á Aviñon en una galera, resuelto de tentar nuevas esperanzas, y con las fuerzas que pudiese juntar suyas y de sus amigos, recobrar aquel condado.

Corria el año de mil y trescientos y ochenta y cinco cuando al conde de Ampurias avino aquella desgracia. Al principio del cual, el rey de Castilla, con el deseo en que ardia de rehacer la quiebra pasada, levantaba gente por todas partes y armaba en el mar. Juntó un grueso campo por tierra, y una armada de doce galeras y veinte naves para enseñorearse del mar y asegurar la tierra. Todo procedia despacio, á causa de una dolencia que le sobrevino, de que llegó á punto de muerte; luégo, empero, que convalació y pudo atender á las cosas de la guerra, dió mucha priesa para que todo lo necesario se aprestase. Vino á la sazón una nueva que en cierto encuentro que los portugueses tuvieron con la guarnicion de Santaren quedaron presos el maestre de Avis y el prior de San Juan; alegría falsa y que muy en breve se trocó en dolor y pena, porque se supo de cierto que los portugueses, en la ciudad de Coimbra, habían alzado los estandartes reales por el maestre de Avis, que era meter las mayores prendas y empañarse del todo para no volver atrás.

El caso pasó en esta guisa. Juntáronse en aquella ciudad las cabezas de los alzados para acordar lo que se debía hacer en aquella guerra. Concordaban todos en que para hacer rostro á los intentos de Castilla les era necesario tene-cabeza, algun valeroso capitan que acaudillase al pueblo, ca muchedumbre sin orden es como cuerpo sin alma. Añadian que, para mayor autoridad de mandar y vedar, y para que todos se sujetasen, y áun para que él mismo se animase



más y con mayor brío entrase en la demanda, era forzoso dalle nombre de rey. Alegaban que la república da la potestad real, y por el mismo caso, cuando le cumpliera, la puede quitar y nombrar nuevo rey; muchos y muy clarosejemplos, tomados de la memoria de los tiempos en confirmacion desto, el derecho que la naturaleza y Dios da á todos de procurar la libertad y esquivar la servidumbre; sobre todo que, si los contrarios confiaban en su derecho y razon, ¿por qué causa á tuerto fueron los primeros á tomar las armas? Que á ninguno es defendido valerse de la fuerza contra los que le hacen agravio; no faltaban letrados que todo esto lo fundaban en derecho, con muchas alegaciones de leyes divinas y humanas.

La grandeza del negocio y la dificultad espantaba, por donde algunos eran de parecer no quitasen el reino á doña Beatriz, pues sería cosa inhumana privalla de la herencia de su padre, temeridad irritar las fuerzas de Castilla, locura confiar de sí demasiado y no medirse con la razon. Que los enemigos, ántes de venir á las manos y de ensangrentarse, saldrian á cualquier partido; las haciendas, las vidas y la libertad quedaria en mano del vencedor.

Por conclusion, que era prudencia acordarse de los temporales que corrian, y medirse con las fuerzas, desear lo mejor, y con pacencia acomodarse al estado presente. No faltaban en la junta votos en favor del infante D. Juan, bien que en Toledo arrestado. Decian se debía tratar de su libertad, alegaban el comun acuerdo pasado; ¿qué otra cosa significaban aquellos estandartes? ¿Qué cosa se ofrecia de nuevo para mudar lo acordado de una vez? Pero este parecer comunmente desagrababa: ¿á qué propósito hacer rey al que ni los podia gobernar, ni acudilles en aquel peligro, no ser ayuda, sino sólo causa de guerra? Con tanto mayor voluntad acudieron los votos al maestre de Avis, que presente estaba, y de cuyo valor y maña todos mucho se pagaban.

En San Francisco de Coimbra, do se tenía aquella junta, le alzaron por rey á los cinco de Abril, con aplauso general de todos los que presentes se hallaron. Los mismos que sentian diversamente, eran los primeros á besalle la ma-

no y hacelle todo homenaje para mostrarse leales, y que aprobaban su eleccion. Publicaban que las estrellas del cielo y las profecias favorecian aquella eleccion, en particular que un infante de ocho meses al principio destas revueltas en Ébora, se levantó de la cuna, y por tres veces en alta voz dijo: D. Juan, rey de Portugal. Lo cual interpretaban en derecho de su dedo del maestre de Avis; que así suelen los hombres favorecer sus aficiones, y por decir mejor, soñar lo que desean. Los portugueses, como tan empeñados en aquel negocio que no podia ser más, desde aquel dia en adelante tomaron las armas con mayor brío y tanto mayor esperanza de salir con su intento, cuanto ménos les quedaba de ser perdonados, y áun muchos se movian por el deseo natural que todos los hombres tienen de cosas nuevas y enfado de lo presente. La comarca de Portugal, que está dentro de Duero y Miño, muy en breve se declaró por el nuevo rey, unos se le alegaban por fuerza, los más de su voluntad.

Enturbióse esta alegría con la armada de Castilla que del Andalucía y de Vizcaya aportó á las marinas de Portugal, y se presentó delante la ciudad de Lisboa; con que los castellanos quedaron señores de la mar: y corrian aquellas riberas y los campos comarcanos sin contradiccion; cosa que mucho enfrenó la alegría y los bríos de los portugueses. Hallábase el rey de Castilla en Córdoba, dende al principio del estío envió la reina, su mujer, á Ávila, pues no podia ser de provecho por tenelle la gente perdido todo respeto, y para que no embarazase. Á la misma sazón, y á los primeros de Julio, buen golpe de gente debajo la conducta de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, y por orden del rey por la parte de Ciudad-Rodrigo hizo entrada, y rompió por la comarca de Viseo con gran daño de los naturales, talas, robos, dishonestidades que comentian los soldados, sin perdonar á doncellas ni casadas. Verdad es que á la vuelta cargó sobre ellos gente de Portugal, que los desbarataron y quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos.

De pequeños principios se suelen trocar las cosas en la guerra y áun los ánimos; fué así que los portugueses con este buen suceso se



animaron mucho para hacer rostro en todas partes. En diversos lugares á un mismo tiempo tenían encuentros, en que ya vencían los unos, ya los otros; pero de cualquier manera, todo redundaba en daño de los naturales, y principalmente de la gente del campo; los unos y los otros comían á discreción, que era un miserable estado y avenida de los males.

Juntóse el ejército de Castilla en Ciudad-Rodrigo ya que el estio estaba adelante: sólo faltaba el infante D. Carlos, hijo del rey de Navarra, que se decía allegaría muy en breve acompañado de mucha y muy buena gente. Consultaron en qué manera se haría la guerra. Los pareceres eran diferentes como siempre acontece en cosas grandes. Los más cuerdos querían se excusase la batalla: que sería acertado dar lugar á que el furor de los rebeldes se amansase, y tiempo para que volviesen sobre sí. Decían que los buenos intentos y la razón se fortifica con la tardanza, y por el contrario los malos se enflaquecen. Que para domar á Portugal y sujetalle sería muy á propósito dalles una larga guerra, talalles los campos, quemalles las mieses, y repartir por todas partes guarniciones de soldados. Añadían que no debían mucho confiar en sus fuerzas, por ser los capitanes que al presente tenían gente moza, poco pláticos, y de poca experiencia, por la muerte de los que faltaron en el cerco de Lisboa, que era la flor de la milicia, además de la falta de dinero para hacer las pagas, y de la poca salud que el rey de ordinario tenía, que en ninguna manera debía entrar en tierra de enemigos, ni hallarse á los peligros y trances dudosos de la guerra, pues de su vida y salud dependían las esperanzas de todos, el bien público y particular.

Esto decían ellos, cuyo parecer el tiempo y suceso de las cosas mostró era muy acertado; pero prevaleció el voto de los que como mozos tenían más caliente la sangre, por ser de más reputación: personas que con muchas palabras engrandecían las fuerzas de Castilla y abatían las de los contrarios como de canalla y gente allegadiza, y que tenía más nombre de ejército que fuerzas bastantes. Que convenia apresurarse porque con el tiempo no cobrasen fuerzas

y se arraigasen en guisa que la llaga se hiciese incurable. Sobre todo que sería inhumanidad desamparar los que en Portugal seguían su voz, las plazas que se tenían por ellos, y las guarniciones de soldados que las guardaban. Á este parecer se arrimó el rey, si bien el contrario era más prudente y más acertado. En muchas cosas se cegaron los de Castilla en esta demanda: permisión de Dios para castigar por esta manera los pecados y la soberbia de aquella gente. Debieran por lo ménos esperar los socorros que de Navarra les venían con su caudillo el infante D. Carlos.

Tomada esta resolución, partieron de Ciudad-Rodrigo, y en aquella parte de Portugal que se llama Vera, se pusieron sobre Cillorico y le rindieron. Pasaron adelante, quemaron los arrabales de Coimbra, é intentaron de tomar á Leyria, que se tenía por la reina de Portugal doña Leonor. Durante el cerco de Cirillico, el rey, con el cuidado en que le ponía su poca salud, los trabajos y peligros de la guerra, otorgó su testamento á los veinte y uno de Julio. En él mandó que los señoríos de Vizcaya y de Molina, herencia de su madre, quedasen para siempre vinculados y fuesen de los hijos mayores de los reyes de Castilla. Nombró seis personajes por tutores de su hijo y heredero don Enrique, doce gobernadores del reino durante su menoridad. De la reina su suegra, y de los infantes de Portugal D. Juan y D. Donís, de los hijos del rey D. Pedro, y del hijo de D. Fernando de Castro, que tenía en Castilla presos, mandó se hiciese lo que fuese justicia. Si los pretendía perdonar, si castigallos, la brevedad de su vida no dió lugar á que se averiguase. Otras muchas cosas dexó dispuestas en aquel testamento, que por hacelle arrebatadamente fueron adelante ocasión de alborotos y diferencias asaz.

Los portugueses, con su campo, eran llegados á Tomar, resueltos de arriscarse y probar ventura. Los castellanos asimismo pasaron adelante en su busca. Diéronse vista como á la mitad del camino, en que los unos y los otros hicieron sus estancias y se fortificaron; los portugueses en lugar estrecho que tenía por frente un buen llano, y á los lados sendas barran-



cas bien hondas, que aseguraban los costados; los de á caballo eran en número dos mil doscientos, los peones diez mil; los castellanos, como quier que tenían mucha más gente, asentaron á legua y media de un gran llano, descubierto por todas partes. Su confianza era de suerte que sin dilación la misma vigilia de la Asunción se adelantaron puestas en orden sus haces para presentar al enemigo la batalla. El rey de Castilla iba en el cuerpo de la batalla, los costados quedaron á cargo de algunos de los grandes que le acompañaban, los cuales al tiempo del menester y de las puñadas, no fueron de provecho por la disposición del lugar. D. Gonzalo Nuñez de Guzman, maestre de Alcántara, quedó de respeto con golpe de gente, y orden que por ciertos senderos tomase á los enemigos por las espaldas. Pretendían que ninguno pudiese escapar de muerto ó de preso; grande confianza, y desprecio del enemigo, demasiado y perjudicial.

Los portugueses se estuvieron en su puesto para pelear con ventaja, y por la estrechura, de toda su gente formaron dos escuadrones: en la vanguardia iba por caudillo Nuño Álvarez Pereyra, ya condestable de Portugal, nombrado por su rey en los mismos reales para obligalle más á hacer el deber; del otro escuadrón se encargó el mismo rey. Adelantáronse de ambas partes con muestra de querer cerrar; repararon empero los portugueses á tiro de piedra por no salir á lo raso. Entónces el nuevo condestable pidió habla á los contrarios, con muestra de mover tratos de paz. Sospechóse tenía otro en el corazón, que era entretener y cansar para aprovecharse mejor de los enemigos, porque si bien se enviaron personas principales para oírle y comunicar con él, ningún efecto se hizo más de gastar el tiempo en demandas y respuestas.

En este medio entre los capitanes y personajes de Castilla se consultaba si darían la batalla, si la dejarían para otro día. Los más avisados y recatados no querían acometer al enemigo en lugar tan desaventajado, sino salir á campo raso é igual. Los más mozos, con el orgullo que les daba la edad y la poca experiencia, no reparaban en dificultad alguna, todo lo

tenían por llano, y áun pensaban que como con redes tenían cercados á los enemigos para que ninguno se salvase. Será bien no pasar en silencio el razonamiento muy cuerdo que hizo Juan de Ria, natural de Borgoña, el cual, como embajador que era del rey de Francia, viejo de setenta años, de grande prudencia y autoridad, seguía los reales y el campo de Castilla. Preguntado, pues, su parecer, habló en esta sustancia: «Al huésped extranjero, cual yo soy, mejor le está oír el parecer ajeno que hablar; mas por ser mandado diré lo que siento en este caso; holgaria agradar y acertar; donde no, pido el perdón debido á la afición y amor que yo tengo á la nación castellana, y también á esta edad, que suele estar libre de altivez y sospecha de liviandad, que por haberla gastado en todas las guerras de Francia, me ha enseñado por experiencia que ningún yerro hay tan grave en la guerra como el que se comete en ordenar el ejército para la batalla. Porque saber elegir el tiempo y el lugar, disponer la gente por orden y concierto, y fortificalla con competente socorro, es oficio de grandes capitanes. Más victorias han ganado el ardid y maña que no las fuerzas. Nuestros enemigos, aunque ménos en número, y de ningún valor, como algunos ántes de mí con muchas palabras han querido dar á entender, están bien pertrechados y se aventajan en el puesto; por la misma razón los cuernos de nuestro ejército serán de ningún provecho; ya es tarde, y poco queda del día. Los soldados están cansados del camino, de estar tanto tiempo en pié, del peso de las armas, flacos, sin comer ni beber, por estar los reales tan léjos. Por todo esto mi parecer es que no acometamos, sino que nos estemos quedos: si los enemigos nos acometieren, pelearémos en campo abierto; si no se atrevieren, venida la noche, los nuestros se repararán de comida; los contrarios, muchos de necesidad desamparán el campo por venir de rebato, sin mochila y sustento más de para el presente día. De noche no tendrán empacho de huir; de día temerán ser notados de cobardes. Yo aparejado estoy de no ser el postrero en el peligro, cualquier parecer que se tome; pero si no se pone freno á la osadía (Dios



»quiera que me engañe mi pensamiento), témo-
»me que ha de ser cierto nuestro llanto y per-
»dicion, y la afrenta tal, que para siempre no
»se borrará.»

Al rey parecía bien este consejo; mas algunos señores mozos, orgullosos, sin sufrir dilacion, ántes de tocar al arma acometieron á los enemigos y los embistieron con gran coraje y denuedo. Acudieron los demas por no los desamparar en el peligro. La batalla se trabó muy reñida, como en la que tanto iba. Á los castellanos encendia el dolor y la injuria de habelles quitado el reino; á los portugueses hacia fuertes el deseo de la libertad, y tener por más pesado que la muerte estar sujetos al rey de Castilla y á sus gobernadores. Los unos peleaban por quedar señores, los otros por no ser esclavos. Volaron primero los dardos y jaras, tras éstos vinieron á las espadas; derramábase mucha sangre; peleaban los de á caballo mezclados con los de á pié, sin que se mostrase nadie cobarde ni temeroso; defendian todos con esfuerzo el lugar que una vez tomaron, con resolucion de matar ó morir. El rey de Castilla, por su poca salud, en una silla, en que le llevaban en hombros á vista de todos, animaba á los suyos. El primer batallon de los enemigos comenzó á mostrar flaqueza y ciaba; queria ponerse en huida, cuando visto el peligro, el de Portugal hizo adelantar el suyo, diciendo á grandes voces entre los escuadrones: «Aquí está el rey; ¿á do vais, soldados? ¿Qué causa hay de temer? Por demas es huir, pues los enemigos os tienen tomadas las espaldas; esperanza de vida no la hay sino en la espada y valor. ¿Estais olvidados de que peleais por el bien de vuestra patria, [por la libertad, por vuestros hijos y mujeres? Vuestros enemigos sólo el nombre traen de Castilla, no el valor, que éste perdióse el año pasado con la peste. ¿No podréis resistir á los primeros ímpetus de los bisonos, que traen, no armas, no fuerzas, sino despojos que dejaros? Poned delante los ojos el llanto, la afrenta y calamidades que de necesidad vendrán sobre los vencidos, y mirad que no parezca me habeis querido dar la corona de rey para afrentarme, para burla y para escarnio.»

Volviéron sobre sí los soldados, animados con tales razones, acudieron á sus banderas y á ponerse en órden con que dentro de poco espacio se trocó la suerte de la batalla. Los capitanes de Castilla fueron muertos á vista de su propio rey sin volver atras, la demas gente como la que quedaba sin capitanes y sin gobierno, murieron en gran número. El rey, por no venir á manos de sus enemigos subió de presto en un caballo, y salióse de la batalla: tras él los demas se pusieron en huida: fué grande la matanza, ca llegaron á diez mil los muertos, y entre ellos los que en valor y nobleza más se señalaban. D. Pedro de Aragon, hijo del condestable, D. Juan, hijo de D. Tello, D. Fernando, hijo de D. Sancho, ambos primos hermanos del rey: Diego Manrique, adelantado de Castilla, el mariscal Carrillo, Juan de Tovar, almirante del mar, que en lugar de su padre poco ántes le habia dado aquel cargo, y dos hermanos de Nuño Pereira, Pedro Álvarez de Pereira, maestre de Calatrava y D. Diego, que siguieron el partido y bando de Castilla: ultra destos Juan de Ria el embajador del rey de Francia, indigno por cierto de tal desastre y que causó grande lástima: hoy de sus descendientes y apellido en Borgoña viven muchos y muy nobles y ricos personajes. Muchos se salvaron ayudados de la escuridad de la noche que sobrevino y cerró poco despues de la pelea. Destos unos se recogieron al escuadron del maestre de Alcántara, que sin embargo de la rota tuvo fuerte por un buen espacio. Otros se encaminaron á D. Cários, hijo del rey de Navarra, que entrara en son de guerra por otra parte de Portugal, por no poderse hallar, ni allegar ántes que se diese la batalla: los más de la manera que pudieron, sin armas y sin órden se huyeron á Castilla. No costó á los portugueses poca sangre la victoria: no falta quien escriba faltaron dos mil de los suyos.

El rey de Castilla, sacadas fuerzas de flaqueza, sin tener cuenta con su poca salud, por la fuerza del miedo caminó toda la noche sin parar hasta Santarén, que dista por espacio de once leguas. De allí el dia siguiente en una barca por el rio Tajo se encaminó á su armada que tenia sobre Lisboa, y en ella alzadas las



velas se partió sin dilacion. Llegó á Sevilla cubierto de luto y tristeza: traje que continuó algunos años. Recibióle aquella ciudad con lágrimas mezcladas en contento; que si bien se dolian de aquel reves tan grande, holgaban de ver á su rey libre de aquel peligro. Esta fué aquella memorable batalla en que los portugueses triunfaron de las fuerzas de Castilla, que llamaron de Aljubarrota, porque se dió cerca de aquella aldea, pequeña en vecindad, pero muy celebrada y conocida por esta causa. Los portugueses cada un año celebraban con fiesta particular la memoria deste dia con mucha razon: el predicador desde el púlpito encarecia la afrenta y la cobardia de los castellanos; por el contrario el valor y las proezas de su nacion, con palabras á las veces no muy decentes á aquel lugar: acudia el pueblo con grande risa y aplauso, regocijo y fiesta más para teatro y plaza que para iglesia: exceso en que todavía merecen perdon por la libertad de la patria que ganaron y conservaron con aquella victoria.

Los de Castilla se excusan comunmente, y dicen que la causa de aquel desman no fué el esfuerzo de los contrarios, no su valentía, sino el cansancio y hambre de los suyos, por comenzar tan tarde la pelea: otros pretenden fué castigo de Dios (contra el cual no hay fuerzas bastantes), que tomó de los que despojaron el Santuario muy devoto de Guadalupe: quieren decir que aquella Sagrada Virgen volvió por esta manera por su casa. Despues desta victoria todo Portugal se allanó al vencedor. Santarén y Berganza, y otros muchos pueblos y fuerzas cuál por armas, cuál de grado se rindieron; con que el nuevo rey entabló su juego de guisa que el reino que adquirió con poco derecho, le dejó firme y estable á sus sucesores; tanto puede y vale una buena cabeza, y en el aprieto una buena determinacion. Estuvo á esta sazón muy doliente el rey de Aragon en Figueras. Su edad, que estaba adelante, y los trabajos continuos le tenían quebrantado. Desque convalació semostró torcido con su hijo el infante D. Juan. El pueblo cargaba á la reina que tenía gran parte en estos desabrimientos, hasta persuadirse tenía enhechizado y fuera de sí á su marido.

El hijo mal contento se salió de la corte: llamó en su favor y del conde de Ampurias despojado gente de Francia, que fué nueva ofensa. El rey por esto le quitó la procuracion y gobernacion del reino, que solian tener los hijos herederos de aquellos reyes. En Aragon, segun que de suso queda dicho, de tiempo antiguo tienen un magistrado y juez que llaman el Justicia de Aragon, para defensa de sus libertades y fueros, y para enfrenar el poder y desaguizados que hacen los reyes, á la manera que en Roma los tribunos del pueblo defendian y amparaban los particulares de cualquier demasia é insolencia. Hizo, pues, el infante recurso al Justicia para que le desagraviase de las injurias é injusticias que le hacian el rey al descubierto, y de callada la reina. El Justicia le amparó como á despojado violentamente en la posesion de aquel oficio y preeminencia hasta el conocimiento de la causa: debate que tuvo principio el año presente, y se concluyó el siguiente. Volvamos á tratar lo que sucedió en Castilla y en Portugal despues de aquella memorable y famosa jornada.

Nueva causa de temor y de cuidado, sobre las pérdidas pasadas y el sentimiento muy grande, sobrevino al rey de Castilla y á los suyos: muestra de las alteraciones á que están sujetas todas las cosas debaxo del cielo, y argumento de que las adversidades no paran en poco, de un mal se tropieza en otro sin poderse reparar. Los portugueses, como hombres denodados que son, resueltos de executar la victoria, y seguir su buena ventura, acordaron lo primero de enviar una solemne embaxada á Inglaterra para hacer liga con el duque de Alencastre, pretensor antiguo de la corona de Castilla por vía de su mujer. Que las fuerzas de Castilla con dos pérdidas muy grandes y juntas, quedaban quebrantadas, los ánimos, otro que tal, muy flacos, y muy caidos: que si juntaba sus fuerzas con la de Portugal, podia tener por muy segura la victoria, y por concluida su pretension. Entretanto que andaban estas tramas y se sazaban, por no estar ociosos, y no dar lugar á los contrarios de rehacerse y alentarse, acordaron otrosí de continuar la guerra; el nuevo rey de Portugal, para sujetar lo que restaba,